

ABEL QUEZADA CRUZAT

CONSUL DEL PARAGUAY

El Paraguay y el conflicto del Chaco

Soy un convencido de la esterilidad de las guerras. Pienso que los pueblos no necesitan glorias, sino gobernantes que se ocupen sabiamente de su bienestar.

Por eso he hecho cuanto ha estado de mi mano para evitar la guerra, o para detenerla después de estallar. Pero si para conseguir la paz se requieren el concierto de dos voluntades, para precipitar la guerra basta con una sola.

Eusebio Ayala,

Presidente de la República del Paraguay.

VALPARAISO-CHILE

1934

DEDICATORIA

Al Eꝟcmo. Sr. D. J. Isidro Ramírez, E. E. y Ministro Plenipotenciario del Paraguay en Chile, en señal de admiración y de amistad; y a la vez, como homenaje a la altiva y heróica nación, de la cual es digno representante.

ABEL QUEZADA CRUZAT.

PRÓLOGO

Después de casi dos años de esas escaramuzas sangrientas y vedadas, que tuviera ya débiles fulgores en el año 1928, ha arreciado en el corazón de nuestra América, el huracán trágico de la guerra, con todo el acompañamiento de miserias y de horrores, que acompañan a los grandes cataclismos históricos.

En los campos inhospitalarios del Chaco Boreal, desterrados de todo contacto con la civilización y la cultura, y sufriendo de los horrores del hambre y de la peste, dos pueblos inocentes empapan de sangre el suelo americano, con esa ferocidad calculada, ciega y terrible, que sólo se concibe en la lucha del hombre cuando ataca al hombre, de un pueblo cuando ataca a otro pueblo.

Entre dos naciones de un mismo origen y de idéntica sangre, se ha planteado, por desventura, una lucha brutal de conquista.

Pero bien se sabe que esta lucha no fué provocada por violación de altos y legítimos derechos, sino por el extravío criminal de los gobernantes de un pueblo, sordo a la voz de la Justicia, de la prudencia y de la cordura.

Hay quienes toman la pluma para defender causas injustas; quienes guiados por intereses mercenarios, afanes de lucro o solidaridades infames, contraen indignos compromisos contra su propia conciencia,

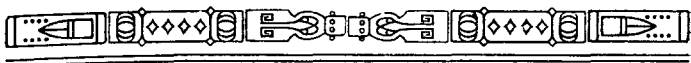
hasta atreverse a rebajar penosamente su dignidad de hombres. Pero otros hay que han tomado la pluma para defender la causa de la Justicia y del Derecho. Estos son, preciso es decirlo firmemente, los defensores del Paraguay.

Esta aspiración de Justicia y de Verdad ha sido la necesidad de los hombres ilustres de nuestra América, cuando decidieron salir a la palestra, en defensa de un país ultrajado, armados de tan nobles armas, porque deseaban, no olvidando que el porvenir pertenece a la historia, que la verdad resplandeciese en el momento presente.

Esto es también lo que yo intento hacer ahora, a grandes rasgos, y guiado por el deseo de enaltecer, a la medida de mis fuerzas a la heroica nación paraguaya, más por una franca necesidad del corazón, que por un frío concepto de deber.

Se anuncia que asoman ya fulgores de paz. Grande sería el júbilo de América si esto sucediese. Se cumplirá así la aspiración más ferviente del pueblo paraguayo y de su ilustre representante, el Excmo. Sr. D. Eusebio Ayala.

Tiempo es, después de las victorias conseguidas a costa de tantos sacrificios, que, sobre la sangre derramada, caiga la lluvia feraz de la paz y del progreso.



Causas potenciales de la guerra

El Excmo. Sr. D. Justo Pastor Benítez, Ministro de Relaciones Exteriores de Paraguay, en uno de los párrafos de su discurso, durante la sesión de la Cámara de Diputados del día 6 de Marzo, analizando en síntesis los acontecimientos históricos, expresa: «En este conflicto entre el Paraguay y Bolivia, es menester no olvidar la distinción fundamental que debe hacerse entre las causas y los motivos ocasionales de una guerra. La acción de Pitiantuta, en realidad, fué sólo el motivo ocasional; lo mismo pudo haberse producido en Masamaklay el año anterior, en Vanguardia el año 28, con la prisión de los Jefes militares bolivianos cerca del Río Negro, también en 1928; con motivo de la muerte de Rojas Silva y aún con el incidente de Zanja Pitá el año 29. Entre países limítrofes se producen con frecuencia incidentes de frontera, pero ellos no llevan a la guerra, porque no existen causas suficientes. Sólo cuando existe causa, los incidentes de fronteras conducen a la guerra. Es así como el incidente de Pitiantuta llevó a la guerra, porque había causas latentes, potenciales, que sólo esperaban un motivo para estallar.»

Estas causas son, por una parte, el ambiente guerrero creado en Bolivia, por la acción constante de sus directores políticos, **la que, enclavada en el**

centro mismo de América, depende para su progreso y desarrollo de su comercio exterior, careciendo de vías naturales de comunicación, de los países limítrofes; y por otra parte, esa pretendida «aspiración nacional», o sea, esa política de fuerza, de expansión y de conquista, auspiciada por los estadistas de Bolivia ya desde el año 1905. Pueden citarse entre ellos, el ex-Canciller Pinilla, el Dr. Alvestegui, que escribía: «Es cuestión de tiempo. Construyamos caminos en el Chaco, edifiquemos fortines dotados de suficiente guarnición... en suma bolivianicemos el Chaco y el tiempo así aprovechado nos dará el resultado que buscamos con éxito superior al de los manejos diplomáticos...» El Chaco será así «definitivamente nuestro»; el Dr. Juan Bautista Saavedra que preconizaba en uno de sus folletos «una política de ocupación violenta», y el ex-Canciller Gutierrez que expresaba con arrogancia «la necesidad imperiosa de Bolivia de romper con las barreras que le impedirían llegar al río Paraguay».

Este deseo de expansión ya cristalizado y metódica y técnicamente elaborado desde el año 1930 por el General Hans Kundt, hasta hace poco jefe supremo de los ejércitos de Bolivia, originó el episodio de Pitiantuta, y esto trajo la guerra.

Bolivia encara la guerra como una necesidad

Bolivia pretende que la posesión del Chaco Boreal es, para ella, cuestión de vida o muerte. «Si Bolivia no es capaz de vencer al Paraguay—dice su actual Presidente—**no tendrá derecho a subsistir como nación**; pero este camino es fácil, será un paseo triunfal». Y Tomás Elío añade: «Bolivia necesita de

una guerra victoriosa»; más tarde el Presidente Salamanca señala las pretensiones absurdas de la clase que representa, y declara «que es preciso poner 1.000 hombres sobre el río Paraguay, e imponer condiciones a los guaraníes».

Bolivia intenta así imponer sus pretensiones por la fuerza de las bayonetas y se propone obtener, como despojos de guerra, lo que le es imposible conseguir por medio del derecho. Reconoce, de este modo, la dudosa validez de sus títulos, y la insuficiencia de sus pruebas históricas, jurídicas y geográficas. Le basta al gobierno del Altiplano declarar que tiene necesidad de los territorios ajenos, para justificar su política de fuerza y de penetración clandestina. Considerando al Paraguay incapaz de oponer una seria resistencia, se vuelve contra él para obtener, a sus expensas, su pretendido «acceso al mar». No le bastan los derechos que ya tiene sobre el río Paraguay; cree que nunca encontrará una ocasión tan propicia como ésta y la aprovecha. Habiendo surgido, como estado independiente, en condiciones étnicas y geográficas poco favorables, Bolivia pretende hacerse «justicia así misma» y es así que recurre a la guerra ofensiva, para hacer triunfar esa pretensión que llaman nacional.

Afortunadamente la opinión internacional ha señalado ya a Bolivia como nación empeñada en practicar una política de guerras y conquistas. Se sabe que «un país que se resiste al arbitrio jurídico, como medio de evitar y detener la guerra, es el agresor. Se ha señalado ya semejante actitud «como un atentado contra el orden público internacional, como un peligro extremadamente grave para la paz del mundo». Esa teoría de la necesidad creando el derecho, ha sido condenada por el Pacto de París y por la moral internacional.

En esta hora, que necesariamente debe ser de

cordura, resulta bien extraña y anormal la posición de Bolivia. Mientras sobre América y el mundo se ciernen rojas y perpetuas amenazas, y los países, agravados por disturbios intestinos, y conflictos morales y económicos, no atinan sino a conservar el respeto por las instituciones fundamentales, buscando en la tradición y en la cultura, la solidez necesaria para reconstituirse y poder luego luchar contra la amenaza de un porvenir incierto, un país empobrecido, dudoso de recursos, sin reservas vitales ni morales, fiándose en la imposibilidad de obrar de los países que le circunscriben, ensaya un gesto anacrónico, contando con la impunidad del crimen, y, dejándose llevar por la soberbia y por un falso concepto de imperialismo y de poder, se empeña en una aventura desgraciada, turbando la paz de América, ultrajando determinadamente sus instituciones y amenazando su equilibrio.

La actitud del gobierno boliviano revela una desaveniencia completa con la aspiración permanente de hispano-américa; revela una desaveniencia completa contra el derecho de gentes, tal como lo concibe América. No hace mucho los países americanos, en previsión de posibles disturbios, suscribieron una declaración por la cual renunciaban a toda adquisición de territorios por conquistas. Esta decisión le fué comunicada al Paraguay y también a Bolivia. No se hizo entonces sino tomar declaraciones de los derechos y deberes de las naciones que figuran en los proyectos de convención preparados en 1925, por el Instituto Americano de Derecho Internacional, a pedido del Consejo Directivo de la Unión Panamericana. El Paraguay, de acuerdo con sus principios pacifistas, y con la rectitud tradicional y desembozada de sus actos internacionales, se inclinó ante la voluntad de América, e hizo inmediatamente suya esta declaración. No así Bolivia que, resguardando segundas:

intenciones y siguiendo los procedimientos embozados y arteros que ya son tradicionales en su diplomacia internacional, no aceptó.

Sin embargo Bolivia, que se negó a acceder a esa aspiración pacifista americana, necesaria para su tranquilidad internacional, porque le afectaba directamente, no tuvo reparo alguno en figurar entre las cincuenta naciones que pidieron la Asamblea Extraordinaria, convocada el 3 de Marzo de 1932, con motivo del conflicto Chino-Japones; asamblea que, en su sesión del 11 de Marzo de 1933, adoptó una resolución declarando que «los Miembros de la Sociedad de las Naciones están facultados a no reconocer ninguna situación, ningún tratado y ningún acuerdo que pudieran ser obtenidos por medios contrarios al Pacto de la Sociedad de las Naciones o al Pacto de Paris».

Por esta declaración soléme se consagró definitivamente el principio de no reconocimiento de lo que M. Stimson, Secretario de Estado de los Estados Unidos, llama «los frutos de la agresión», cualquiera que ellos sean.

Bolivia aceptó y contribuyó, como miembro de la Sociedad de las Naciones, a que se tomara esta determinación de carácter internacional, y al aceptar este pacto soléme, puso en juego su prestigio como nación. Contrajo deberes sagrados de solidaridad internacional. Pero hemos visto que a los representantes de la actual Bolivia, no les importa macular oficialmente su historia, ni comprometer cínicamente los principios sagrados de su pueblo, destruyéndolos ante el porvenir y el pasado. Desean sólo que se les tome bárbaros irresponsables e incoherentes. Así lo hemos comprendido.

Desde hace veinticinco años Bolivia efectua preparativos bélicos

El objeto de estos preparativos bélicos ha sido el de cimentar sobre la fuerza su futura política imperialista. Desde el punto de vista material, no ha trepidado para conseguir su objetivo, en sacrificar el erario nacional, y, abusando desmedidamente de su crédito, comprometer para el futuro la estabilidad de su pueblo, sumiéndolo además, en el presente, en la intranquilidad y en la miseria. Ya en tiempos del ex-Presidente Siles, se notaban manifestaciones hostiles al gobierno, pues el presupuesto boliviano se servía con cinco o seis meses de atraso, y era corriente ver a las turbas recorrer las calles de la Paz exigiendo el pago de los sueldos de la administración pública. Además, como punto de referencia para darse cuenta de la situación creada por la inconciencia criminal de los gobernantes de Bolivia, puede tomarse el aumento de la deuda exterior desde el año 1920, época en que se dió comienzo al incontenible furor armamentista, hasta el año 1928; época en que arreciaron las escaramuzas con el fin de provocar el conflicto armado. Antes del año 1920, la deuda total de Bolivia externa, interna y flotante -alcanzaba a 172.544.740 pesos; y, desde entonces, pueden anotarse nuevos empréstitos contratados con las firmas Stifel Nicolau Co., Spencer Trask Co., S. A. Banck Giyn Mille Co., Dillon y Co., los que llegaron a ascender en total, a la enorme suma de 400.000.000 de pesos bolivianos. Estos fuertes compromisos se contrajeron en circunstancias en que el país apenas contaba con dos millones de habitantes, y en que su principal fuente de recursos, la industria minera, estaba en franca decadencia. Como dato informativo, para demostrar en qué se

ocuparon estas sumas de dinero, basta citar uno de los contratos de compra de armamentos con la fábrica inglesa Vickers, de la cual se adquirió un arsenal de guerra completo, y cuya sola adquisición importó la suma de 41.000.000 de pesos bolivianos; esto antes del ataque del fortín de Vanguardia. Ahora bien, para considerar en sus verdaderas proporciones el extremo sacrificio que se impuso a la nación, véanse las condiciones infamantes en que se obtuvieron estos empréstitos externos: no considerando los banqueros extranjeros suficiente el «crédito inmovible de Bolivia», exigieron que se les garantizasen oficialmente los empréstitos, y los gobernantes de Bolivia, que siempre se han mostrado públicamente celosos de mantener los principios de su soberanía, no tuvieron inconvenientes en aceptar condiciones claramente vejatorias, como ceder el control directo de las aduanas, establecer para los Estados Unidos la condición de «nación más favorecida» y, lo que es aún más incalificable, permitir que los Estados Unidos se reserven el derecho de controlar, de discutir y de aprobar los gastos del Ejército de Bolivia, además de elevar a su antojo los intereses de los empréstitos.

Desde el punto de vista moral, Bolivia no ha tenido escrúpulos en envenenar el alma de la juventud, sea por medio de los textos escolares o de sus publicistas, preparando a sus generaciones jóvenes para el sacrificio. Ha devastado en ellos las nobles ideas de paz y de progreso, para sumirlos en la barbarie y en la anarquía mental y poder sin resistencia, en el momento propicio, destruir las reservas raciales, que son y han sido el mayor bien que posee un pueblo, para la continuación de su historia, la formación de su cultura y carácter, y su persistencia como tal en el porvenir.

Se comprende que sólo una falta absoluta de

principios y de escrúpulos, puede permitir que un pueblo, fríamente, ciegue la fuerza generadora de su propia existencia. A esto se resisten la conciencia de los hombres y la cultura de los pueblos, no así, por desventura, sus malos gobernantes que, cegados por intereses inmediatos o precipitados apetitos, y no interpretando con claridad el porvenir, despojan a su raza y malogran o hacen tambalear su sagrada estructura.

No obstante, los hombres de Bolivia no han tenido miedo. Se han atrevido a desafiar el veredicto implacable de la historia.

Bolivia, con solo levantar la voz, pudo poner en pie de guerra cien mil hombres. Y ha sido a estos cien mil hombres, los más llenos de energías y de vigor, a los que les ha encargado la deshonrosa misión de ultimar a un pueblo que creían más débil. Ha sido a estos cien mil hombres a los que ha elegido para que destruyan a sus propios hermanos de América, a sus iguales, obligándoles a manchar con sangre las manos que no debieron unirse sino en un abrazo fraternal y constructivo.

Se sabe que Bolivia, cuando emprendió la guerra, ya había preparado y estudiado fríamente su crimen, y que había elegido y aleccionado a los elementos más nobles y generosos de su raza para perpetrarlo. Se sabe que Bolivia dió comienzo a la guerra cuando había llegado a la plenitud de su poder militar. Lo hizo así, porque esperaba aplastar al Paraguay en menos de dos meses de guerra. «Primero a Asunción y después a Buenos Aires» era el estribillo aimará, en ese entonces, cuando las turbas, ebrias de barbarie y de libertinaje, vociferaban en las plazas públicas, y escuchaban, junto al ruido de las bayonetas caladas, los discursos destemplados e irresponsables sus taumaturgos, que los incitaban a la guerra, y les

arrastraban a la muerte a redobles de tambor. Se repetía entonces con orgullo que los «discursos de los hombres de Bolivia, eran verdaderas cargas a la bayoneta».

Este furor pretencioso de Bolivia se basaba, especialmente, en que creían a su contendor indefenso. Ilustra esto, las erróneas informaciones consignadas en el plan del Estado Mayor boliviano, que se apoyaban en la falsa creencia de que el Paraguay no podía armar un contingente mayor de siete mil hombres, dado que, según se suponía, los fusiles adquiridos por el Paraguay en España eran inservibles. Se basaba también esta seguridad en las tendenciosas noticias propaladas respecto a la anarquía existente en esa época en el Paraguay. Confiaban también en el pronto agotamiento de sus reservas de hombres y de dinero, y confiaban por último, más que en la eficacia de su comando y que en las virtudes militares y morales de sus ejércitos, en la superioridad del número y en sus mayores recursos materiales.

Pero el Paraguay tuvo pronto conocimiento de estas maniobras, e improvisándolo todo le fué posible poner dique a esta invasión. El avance boliviano quedó, pues, paralizado, y la nación paraguaya prometióse no permitir a Bolivia avanzar un paso más, y así lo ha cumplido. Fué el Dr. José P. Guggieri, ex-Presidente de Paraguay, quién, en las postrimerías de su gobierno, con inteligencia y energía, organizó rápidamente la defensa del país, y así pudo el ejército paraguayo contener la invasión de los bárbaros.

El ejército del Paraguay no se formó en los cuarteles. estaba compuesto del pueblo. Eran en su mayor parte labradores arrebatados brutalmente de sus labores rurales. Corrieron al combate apenas uniformados y casi careciendo de armas y municiones. Estaban casi desarmados, y, sin embargo, Bolivia no

pudo obtener ninguna victoria. El Paraguay, en ese entonces, no esperaba de nadie para vencer a Bolivia en los campos del Chaco Boreal porque contaba con sus propias fuerzas.

Fué aquel atropello inútil, y sus consecuencias fueron irremediables para Bolivia. El paso estaba dado, la agresión cometida. Ya nadie en el mundo civilizado pudo ignorarlo. Fué así como la América Latina no pudo permanecer impasible ante el acto inaudito de estos mestizos de sangre empobrecida. La voz de América se dejó oír por la boca de sus hombres más eminentes (1) y Bolivia no tuvo más remedio que aceptar el desprecio, que es el fruto amargo e indeleble, que recoge la cobardía, sea en los individuos o en las naciones.

La declaración de guerra fué para el Paraguay una obligación moral

«Un destacamento de tropas bolivianas atacó por sorpresa y tomó el fortín paraguayo de Pitiantuta, oficialmente denominado Carlos Antonio Lopez, sin haber mediado la menor provocación, ni otro acto que pudiera cohonestar este hecho inaudito.

La primera información fué recibida de labios de algunos soldados que componían la escasa guarnición de aquel fortín, y transmitida al gobierno por el Comandante Estigarribia, Jefe de la División».

Este hecho—transmitido en estos términos en uno de los párrafos de la nota enviada por la Cancillería del Paraguay a los Ministros Plenipotenciarios de Cuba, Colombia, México, etc., con ocasión de su retiro de las conferencias de Washington—ocurrió durante el día 15 de Junio de 1932, en circunstancias en que

(1) Conseguir adhesiones a la causa del Paraguay.

se estudiaba en Washington el pacto de no agresión, sugerido por Bolivia. Trajo como consecuencia el retiro momentáneo del Paraguay de las conferencias de Washington, y luego, la declaración de guerra.

Esta agresión se llevó a efecto por tropas regulares del ejército boliviano en los instantes en que se estudiaba en Washington la «posibilidad de asegurar la tranquilidad de las relaciones existentes entre ambas naciones», «cuando se intentaba prescribir de sus cuestiones todo procedimiento de violencia». El Paraguay y los países neutrales esperaban pues en esta ocasión, que Bolivia, durante el transcurso de estas conferencias, guardaría una conducta que estuviese de acuerdo con sus propósitos conciliatorios, claramente expresados, y que se abstendría de recurrir a su sistema usual de «avance y penetración clandestina».

El gobierno del Paraguay, que siempre ha mantenido su conducta dentro de las normas jurídicas, aún a costas de duros sacrificios, y que acudió a estas conferencias con el propósito decidido de resolver la cuestión de fronteras con Bolivia, por los procedimientos conciliatorios, ante este acto, que por sí solo demuestra la falsía y premeditación de los dirigentes bolivianos, tuvo ya el derecho de dejar de creer en las intenciones pacifistas de ese pueblo. Y decidió, pues, no confiar en lo sucesivo en la buena fe de Bolivia.

La declaración de guerra se impuso como una obligación y así lo señaló la opinión nacional, por medio de sus representantes. Debía obrar en defensa de su honor y de su soberanía.

Con esta actitud se consagró su conducta internacional.

El General Hans Kundt interpretó esta actitud, únicamente «como una medida para conseguir el bloqueo de Bolivia por la Argentina y Chile», y así lo

consignó en una de sus proclamas dirigidas a los ejércitos que hasta hace poco estaban bajo su comando. En parte tenía razón, pero debió también añadir que esta posición franca no le resultaba beneficiosa a su patria de adopción, porque, dentro de sus inciertos y oscuros procedimientos internacionales, no le convenía contraer esas «obligaciones jurídicas y morales» que son la consecuencia de una declaración formal de estado de guerra y que imponen, de igual modo, obligaciones ineludibles a los países neutrales, y a los que sufren la presión directa de un conflicto armado.

En su mensaje, el Ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, con ocasión de pedir el estado de guerra, determina claramente la posición de su país, ante este acto de tanta trascendencia internacional: «La autorización solicitada por el Poder Ejecutivo para declarar el estado de guerra—dice—no constituye un paso hacia la agresión, no pudo transformar al país agredido en agresor, no expone al país a ser sancionado por el artículo 16 del Pacto de la Liga de las Naciones. Es el cumplimiento de una obligación jurídica y moral, es la conducta franca y noble, frente a la clandestina conquista intentada por Bolivia».

Los actos de los pueblos determinan la calidad de su conducta moral

Véase, desde luego, la conducta de Bolivia, durante el curso de las conferencias a que ya se ha hecho mención según datos que constan en el comunicado dado a la prensa, por el Ministerio de Relaciones Exteriores, con fecha 23 de Julio. «Durante el desarrollo de las Conferencias de Washington, Bolivia, traicionando sus propósitos pacifistas y rompiendo con

pactos tácitamente aceptados, hizo el mayor esfuerzo por terminar el largo y costoso camino estratégico de Tarija a Villa Montes, para mejorar los que sirven de enlace a este centro de concentración con los fortines del Chaco, además de haber adquirido nuevos materiales de guerra, que fueron introducidos por Arica».

«Aparte de estos preparativos bélicos, organizó una gran concentración de tropas y elementos bélicos en Villa Montes, con alarma de toda América y de la misma conferencia de Washington.

«Y como si no fueran bastante estos hechos, que demuestran su propósito agresivo, fundó, desde que se inició la Conferencia, los siguientes nuevos forfiles en pleno territorio paraguayo: Murguía, Plataniillo, Bolívar, Rabelo, General Perez, Camargo, Ignacio Vargas, etc.»

Contrasta esto con la actitud del Paraguay, que, en vista de que la Comisión de Neutrales pidiera tomar medidas de todo acto hostil de naturaleza a agravar el diferendo, prescribió medidas conservatorias de carácter militar, dando a todos los comandos militares de los fortines del Chaco, la orden de mantenerse sobre la estricta defensiva. Consta esto en la Nota del Delegado Permanente de Paraguay al Secretario General de la Liga de las Naciones.

Estos hechos bastan, por sí solos, para demostrar la contumacia y las intenciones de la diplomacia de Bolivia. Son estos actos los que determinan la responsabilidad de los pueblos ante la historia y la opinión de las naciones. Lo sabemos, a los dirigentes del Altiplano no les importa ser juzgados de acuerdo con estos férreos principios. No es de extrañar pues, que un ex-Mandatario de Bolivia, comentando las intervenciones pacifistas de la Liga de las Naciones, juzgue la conducta de su país en estos términos: «no parece sino que Bolivia trata de evitar, a toda costa,

la intervención de la Liga de las Naciones, conducta que da una profunda desconfianza sobre la rectitud y honestidad de su actitud», y más tarde, refiriéndose a las actividades de su representación internacional y de su gobierno, dice: «He aquí una cancillería entregada a la más completa orfandad y desprestigio, El desprestigio no es para un canciller, inepto de toda ineptitud, que los caprichos y estrecheces mentales de un presidente enfermo de egocentrismo, ha colocado al frente de los negocios externos de la República. El desprestigio es para la nación. Es para Bolivia; es para los bolivianos todos».

Confirmando esta opinión y, como uno de los tantos actos que le han acarreado a Bolivia ese desprestigio, podrían citarse las enérgicas notas con que respondieron las Cancillerías de Argentina y Chile, a las insolentes declaraciones del Canciller Canales, con motivo de la mediación amistosa de ambas naciones, y que el General teutón Hans Kundt, tuvo la osadía de llamar «la farsa pacificadora de Mendoza». No es de extrañar, por consiguiente, que, en lo sucesivo, los países neutrales, en vista de la conducta tortuosa e incoherente de Bolivia, se hayan tácitamente resistido a intervenir y a prestar su apoyo o cooperación para la continuación de las negociaciones tendientes a resolver las cuestiones del Chaco por los procedimientos pacifistas.

El pueblo de Bolivia es inocente

«El pueblo de Bolivia es inocente de muchas tragedias nacionales; el indio boliviano, embrutecido en las fincas y en las minas, ignora en absoluto lo que pasa en su alrededor. El no es culpable de la horrenda tragedia en que se halla envuelto. No así la clase gobernante, que, sin disputa, es la responsa-

ble de la horrible tragedia que se desarrolla en el Chaco. «Así dice Manuel Sofovich, autor del libro titulado «La Tragedia Boliviana», y tiene razón. Es esa clase la que debe rendir cuenta, de sus actos fatales para la nación, ante su propia historia. Esta clase gobernante representada en sus apetitos y ambiciones bastardas por su actual Presidente el Dr. Salamanca. Nó en vano se ha dicho que los dirigentes de Bolivia han hecho de la guerra un instrumento de política nacional; que subordinaban el interés del país al interés de un grupo; que nada les importaba un desastre nacional, siempre que con ello se consiguiera salvar el prestigio del gobierno y de sus jefes.

En el Manifiesto del partido de la Unión Nacional, se leen estas frases: «En ningún período de su historia Bolivia ha vivido una crisis tan profunda como la presente... Su integridad territorial está discutida... su prestigio de nación ha sido menoscabado. La desorganización y corrupción administrativa no tiene precedentes. Los hombres que dirigen los destinos de la patria en esta hora de congoja y de tribulaciones, no están a la altura de las circunstancias. Carecen de la preparación y del respeto necesarios para resolver estos problemas y no tienen el sentido de las responsabilidades cívicas y morales».

Júzguese ahora, después de estas terminantes frases, el severo juicio de Bautista Saavedra, ex-Mandatario de Bolivia, en que pone en claro la actual política del Presidente Salamanca y de quienes lo secundan: «El balance que a estas horas se traza el país sobre el conflicto de sudeste, después de casi un año, es demasiado desconsolador ¿Que es lo que se propone el gobierno? ¿A dónde va y a dónde lleva al país? Seguramente no lo sabe. Pero la nación lo sabe ya».

«El gobierno ha llevado a Bolivia al desastre

de sus derechos y de su honra. Para sortear complicaciones de la política interna llevó al país a la guerra cuando éste no estuvo preparado para ella ni diplomática, ni económica, ni financieramente».

«Ahora, para escapar a un final trágico a donde sus errores, sus imprevisiones, sus egoismos, sus torpezas, sus estrabismos la llevarán, ciertamente al final de la gran tragedia que se desarrolla en el Chaco, se ha dado a tejer una maraña de enredos diplomáticos. Lo único que presiente es que la continuación de este estado de cosas incierto, indefinido, manteniendo al pueblo en suspenso de una tensión diaria, les es favorable para aplazar el momento de responder a las responsabilidades en que ha incurrido. En una palabra, del conflicto del Chaco ha hecho y hace cuestión de política interna en servicio de su estabilidad. Mientras tanto, la nación se hunde en una crisis económica, que sólo al final de la guerra se dejarán sentir sus horrosos efectos».

Y más abajo añade refiriéndose a la presión internacional que pesa sobre Bolivia, a raíz de todas las gestiones que se han hecho para que este país acepte la solución del diferendo por los medios arbitrales: «No es posible ya zafarse de la presión internacional que pesa sobre nosotros para que el conflicto del Chaco se resuelva por medio del arbitraje. Y la atmósfera es cada día más densa y más hostil para nosotros—hay que reconocerlo patrióticamente—a causa de los errores del gobierno».

Respecto a estos medios arbitrales, a que hace alusión el señor Saavedra, no se ignora en Bolivia los ha rechazado en todo momento desordenadamente, y no ha querido aceptar que las cuestiones surjidas sobre la posesión de los territorios en litigio, se resuelvan por estos procedimientos. Prueba de ello es que han resultado hasta ahora inútiles las reiteradas

intervenciones de la Liga, del ABCP., de la Comisión de Neutrales, etc. etc. Y sobre el respeto que estos laudos arbitrales le han merecido al Altiplano, basta observar que el territorio ocupado en la actualidad militarmente por esa nación, le fué consagrado al Paraguay en fallo inatacable, y declarado de su legítima propiedad, por la sentencia arbitral del Presidente de los Estados Unidos, Rutherford Hayes. No es admisible que Bolivia tenga derecho a ocupar militarmente un territorio en tales condiciones.

Los juicios que anteceden, vertidos por un hombre cuya personalidad es conocida y cuyo prestigio no puede ser puesto en duda por sus compatriotas, confirman más aún lo que se ha demostrado; lo confirman terminantemente. Basta por consiguiente; los bolivianos se han juzgado a sí mismos, y nada debemos añadir.

Comando militar de Bolivia

Después de reiteradas derrotas inferidas a las armas bolivianas, y de la pérdida de baluartes de alto valor estratégico, como el fortín Arce, el Presidente D. Daniel Salamanca, tratando de justificar la difícil posición del gobierno ante la opinión del país, justamente excitada por los continuos descalabros, tuvo la osadía de afirmar oficialmente, en uno de sus mensajes al Congreso, que las causas de los fracasos militares eran debidas a la incapacidad de los Comandos Superiores del Ejército de su patria. Esta acusación de incapacidad, lanzada contra los comandos, era, además de injusta, temeraria, pues se sabía que el propio Presidente Salamanca fué quien, imponiéndose al jefe de su estado mayor, que le hacía serenas reflexiones, ordenó, con una precipitación criminal para la causa de su país, el avance del ejército

y dispuso el ataque de los fortines Corrales, Toledo y Boquerón. Estas acusaciones imprudentes, además de acarrear el desprestigio a su gobierno, y de arrojar un baldón, sin precedentes en la historia, sobre su propio ejército, trajeron como consecuencias para la nación, algo aún más funesto: la vuelta del General teutón Hans Kundt y su elevación al mando supremo del ejército en campaña.

Este General extranjero, cuyo advenimiento al comando superior, fuera celebrado por un diario del Altiplano «como un paso impuesto por el país; como una exigencia del pueblo...» no era un desconocido para la nación; no era un desconocido para este mismo pueblo, que ya anteriormente, había tenido relaciones con él.

Se sabe que cuando se produjo la revolución civil, que derrocó la dictadura del ex-Presidente Siles, el General Hans Kundt, que entonces estaba a sueldo del tirano, antes de emprender su vergonzosa fuga a su país, apenas pudo substraerse de las furias populares que le amenazaban, refugiándose en la Legación Alemana. El pueblo en ese entonces intentaba lincharlo, pero habiendo la Junta Revolucionaria ordenado severas medidas para custodiar, por medio de numerosas fuerzas militares, el refugio del que, hasta hace poco, ha sido «El Salvador de Bolivia», hubo de contentarse con saquear su casa y hacer fogatas con el botín recojido, en la vía pública. Estas furias se habían desatado a causa de que este General mercenario era quien ejercía, por encargo del gobierno recién derrocado, la elevada misión de imponer sobre el pueblo indefenso, la mano brutal y organizada de la tiranía armada y de cometer, además, el asesinato en masa de los indígenas que ensayaban rebelarse contra la explotación infame de que se les hacía víctimas. Como dato curioso, puede observarse que la

Junta Revolucionaria en esa época, como medida de reconocimiento por los actos públicos prestados por el General extranjero, en beneficio de su segunda patria, procedió a la confiscación de sus bienes.

El General Kundt, desde el año 1912, fué contratado por el gobierno boliviano para adiestrar sus ejércitos. El tuvo a su cargo la preparación militar de sus comandos superiores y la organización del ejército. En 1912 abandonó su propia nacionalidad para ciudadanizarse en Bolivia. Por dos veces han sido puestas a precio por los prohombres de Bolivia, su espada y su conciencia. El es quien ha tenido a su cargo la elaboración de sus proyectos militares y la preparación de su aparato guerrero. El es quien más tarde, «ha inhibido el espíritu público con el propósito de conquistar un territorio ajeno». «El que ha hecho creer a Bolivia en la necesidad de una guerra, y cómo poder hacerla».

Para emprender esta obra, el Presidente Salamanca le pagó, además del elevado sueldo consignado en el contrato, esas fuertes indemnizaciones, entabladas por vía diplomática por el General Kundt, como reparación por las vejaciones y perjuicios que sufriera durante su anterior aventura en el Altiplano (indemnizaciones que no fueron atendidas en esa ocasión ni por la Junta Revolucionaria, ni más tarde por el propio Presidente Salamanca) y que se tradujeron en un millón de pesos bolivianos, depositados en los bancos de Alemania. Y hasta tal punto adquirió preponderancia este aventurero, después de asumir el comando en jefe, que llegó hasta decirse que «este jefe mercenario tenía en jaque con más firmeza al gobierno de la Paz, que a las tropas adversarias, con las cuales prefería eludir contactos»; porque siendo dueño de la situación dentro del ejército podía ejercer presión, en beneficio de sus propios intereses,

sobre los gobernantes del país y sobre el pueblo que lo mantenía a costa de grandes sacrificios de dinero y de vidas.

No obstante estos hechos, que por sí solos ponen en claro la personalidad moral de Kundt, el gobierno boliviano se ha empeñado, en todo momento y aún a costa de sus propios intereses, en mantener su posición y su prestigio, sea por declaraciones oficiales o por medio de la prensa. Y a pesar de los cargos hechos anteriormente por el mismo Presidente Salamanca, que ensayando justificar los primeros fracasos del ejército en las campañas del Chaco, acusó a Kundt de haber vendido los planes militares de Bolivia al Paraguay, era corriente leer más tarde, difundidas por los órganos periodísticos voceros del gobierno, frases como estas, respecto a Kundt: «Todo le acredita como el jefe indiscutible del ejército boliviano. El ha formado nuestra milicia; conoce en detalle y en conjunto a cada uno de nuestros jefes y oficiales; sabe de su capacidad para las distintas y complejas actividades de campaña y, por consiguiente, está en las mejores condiciones para asignarle el verdadero rol que le corresponde. Todos los bolivianos conscientes tienen puesta su fé en él». O esta otra: «Es el único que, con su gran ascendencia, puede infundir absoluta confianza en los combatientes». Y más tarde, después de los fracasos continuos de los ejércitos, ya bajo su comando, y tratando de desmentir supuestos y tendenciosos rumores: «El supremo gobierno conocedor de las versiones tendenciosas que trata de propalar el enemigo, respecto a una supuesta dimisión del General Kundt, cree deber suyo desmentir categóricamente tales versiones, dejando constancia de que el ejército, el supremo gobierno y el pueblo de Bolivia, mantienen su entera confianza en la eficiente actuación del General Kundt».

Resultan bien trágicas estas frases, contempladas a través de los últimos acontecimientos, después de la comunicación oficial dada por la prensa, de la destitución del General Kundt, como jefe supremo del ejército, llevada a efecto por el mismo gobierno que le ha defendido con tanto ardor. Y más trágicas resultan aún las palabras del mismo General Kundt, luego de haber sufrido, aunque veladamente, esa afrenta pública, y después de la derrota, cuando anunciaba con soberbia—durante la manifestación realizada por los reservistas bolivianos, que recibían, en esos momentos, la instrucción militar necesaria para ingresar al frente de batalla—: «La situación de nuestro ejército en el Chaco es excelente. No hemos cedido terreno y avanzamos contra un enemigo que se bate con energía y valentía y que tiene virtudes para resistir tenazmente; es mejor reconocer las buenas cualidades del adversario para que, después de haber vencido, sea más grande nuestra victoria. Si hemos retrocedido, lo hemos hecho como el león que retrocede para dar un salto más largo.»

Las campañas del Chaco — La victoria.

Conocidos los sacrificios que, tanto en el orden financiero como económico, le ha acarreado a Bolivia el conflicto armado, júzguense ahora los fatales resultados obtenidos por el país agresor, por la suerte de las armas—medio determinado por ellos mismos para el logro de sus pretensiones, y en el cual se han apoyado en todo momento sus mejores expectativas—y añádase, además del daño moral, recaído sobre la nación, en virtud de su desgraciada conducta interna e internacional, traducido por un desprestigio como hasta ahora no ha sufrido ni tolerado ningún país de

América, el sacrificio de infinidad de vidas ultimadas en los campos de batalla, por la voluntad criminal de sus propios dirigentes.

En líneas generales, desde la iniciación de las actividades bélicas entre ambos países, y hasta después de la elevación del General Kundt al comando superior de los ejércitos de Bolivia, se han registrado las siguientes acciones de armas más importantes:

Es sabido que durante la alborada de esta contienda armada, los hechos guerreros se radicaron en determinados puntos, reduciéndose en un principio a simples escaramuzas o luchas por la posesión de baluartes de escasa importancia. En su faz inicial ambos ejércitos se situaron sobre una extensa línea de fortines que, arrancando de las márgenes del río Pilco-inayo, se extendía hasta Río Verde; y marcaban los extremos de esta línea los fortines Sorpresa y Vanguardia. Después de la fácil ocupación de Pitiantuta por las tropas del Altiplano y del desalojamiento que le sucedió de inmediato, llevado a efecto por un batallón paraguayo, Bolivia, no pudiendo tolerar la derrota infligida a sus armas, ya que el fuerte destacamento concentrado en ese punto fué desplazado por unos pocos hombres, dispuso, en venganza de su honor militar ultrajado, y a la vez como una satisfacción a la opinión pública, la ocupación de los fortines débilmente defendidos de Corrales, Toledo y Boquerón. El Paraguay, amenazado por estas sucesivas agresiones, y empezando a preocuparse seriamente de su defensa, inició la concentración de sus fuerzas en Isla Poi, Pozo Azul y Coronel Martínez. Desde estos instantes las iniciativas guerreras se organizaron y, en virtud de planes tácticos determinados, entró la campaña en una faz más seria, que tuvo más tarde como punto culminante, la caída de Boquerón, ocupado por

las tropas de Bolivia, y que, a la vez de ser el primer combate sério que se libraba en el Chaco, señaló una de las más grandes victorias obtenidas por las armas paraguayas. La guarnición boliviana, reducida a 700 hombres, entregó la posesión después de 20 días de lucha dura y continuada, y además, en la defensa de este punto, el comando del país agresor sacrificó inutilmente todos los refuerzos enviados hasta esos momentos del Altiplano. Luego de Boquerón cayó el fortín Arce, posición de alto valor estratégico; y más tarde, Aliguata, derrota que proporcionó al ejército del Paraguay grandes cantidades de implementos bélicos que le eran necesarios. En su tercera faz el comando paraguayo, velando por su propia seguridad y tratando a la vez de allanar futuras operaciones, procedió a tomar los fortines Toledo, Corrales, Fernández, Platanillo, Loa, etc. Después de estas acciones, conseguido ya su objetivo, decidió avanzar hacia el Sur, hasta situarse frente al fortín Saavedra, pues se esperaba que, con la rendición de este baluarte, se obtendría la decisión de la guerra. Esto sucedió en Diciembre del año 1932 y fué durante este periodo de tiempo, en que el ejército boliviano, en virtud del acercamiento de las líneas de comunicaciones, pudo atender en mejor forma la defensa y conseguir ganar el tiempo que le era necesario para crecer en poder militar, dados sus mayores recursos, cuando el General Hans Kundt, se hizo cargo del comando del ejército de Bolivia, con amplios poderes.

La guerra se declaró oficialmente el 10 de Mayo de 1933 y fué con fecha 8 de Diciembre de 1933 o sea siete meses después, cuando el General Kundt asumió el mando supremo de los ejércitos en campaña. A pesar de que ya desde el año 1932 se habían realizado operaciones militares en grande escala, fué bajo la dirección de este jefe cuando se adoptaron

por primera vez los ataques en masa y las grandes ofensivas, apoyadas por los elementos de combate más modernos, como ser tanques, fuego líquido, etc., etc. Como consecuencia de ésto, los armamentos se modernizaron en ambos ejércitos hasta llegar a adquirir la mayor potencia y efectividad. En los momentos en que el General Kundt se hizo cargo de la dirección de la campaña, a pesar de las positivas ventajas en que se encontraba el ejército agresor, pues Bolivia había ya concentrado frente al fortín Saavedra sus mayores efectivos, los combatientes se mostraban desmoralizados. La primera determinación del General Kundt fué, además de disminuir los puntos débiles, cimentar una disciplina basada en el terror, para evitar el desbande que se avecinaba, pues se había perdido la fé en el triunfo. Fusilamientos, destituciones, degradaciones y disoluciones de unidades, fueron las medidas puestas en práctica, y se obtuvo con ello la completa reorganización del ejército, a punto de sucumbir. El General Kundt fracasó en su primera ofensiva sobre la línea de Casado. Luego, con mayor preparación inició una segunda ofensiva, buscando la línea de Concepción, y también fracasó. Estos fracasos no se atribuyeron a la falta de preparación del comando militar, sino a la escasa eficiencia de los comandos subalternos, y a la vez, al valor imperturbable y a la capacidad combativa demostrada por el ejército opositor, que hábilmente dirigido, formaba un solo núcleo desde el comando superior hasta el último soldado.

En Junio de 1933, el comando boliviano verificó la ofensiva más violenta de la guerra, iniciando el ataque del fortín paraguayo de Nanawa. Esta ofensiva se hizo pronto extensiva a los sectores Herrera, Corrales, Toledo, Gondra, Arce y Pirizal, siendo rechazados en todo momento enérgicamente. El coman-

do boliviano ordenó en esta ocasión, con extrema crueldad, una terrible carnicería, sacrificando uno tras otros, sus contingentes. Hasta el momento de iniciarse una nueva ofensiva contra el sector Gondra, se registraron como pérdidas para el ejército agresor, además de un enorme material bélico, 6.373 bajas en la tropa, 79 oficiales (entre los que se incluían coroneles, capitanes, tenientes, etc.) y la destrucción o el desbande de 18 regimientos, entre ellos el destacamento del Coronel Ruiz, compuesto de los regimientos de infantería 16 y 14, que perecieron de hambre. La ofensiva que le siguió, menos intensa, contra el sector Gondra, se desarrolló violentamente desde el Pirizal hasta el sector Herrera. El ejército boliviano perdió, después de tres meses de combates, además de los enormes materiales de guerra acumulados y de las fortificaciones, 6 unidades, entre las que se incluían los regimientos Loa y Junin de infantería y Ballivián y Largo de caballería, que fueron destrozados; tuvieron 384 bajas en la tropa, y cayeron 13 oficiales (entre ellos el Teniente Coronel Montalvo, Comandante del Junín) y fueron tomados prisioneros 24 oficiales, 57 sub-oficiales y 907 hombres de la tropa. Después del descalabro que sufrió el enemigo en Rancho Ocho Falcón y en el sector Francia, se inició, de parte de las fuerzas bolivianas, un repliegue general que culminó con el abandono del fortín Toledo, luego de haber sufrido un violento rechazo de los contingentes paraguayos; y terminó más tarde la ofensiva, con el avance victorioso de las fuerzas del Paraguay, sobre los sectores Pozo Favorito, Recta, Francia y Pirizal. La lucha continuó por espacio de veintiseis días en forma esporádica.

Con fecha 12 de Diciembre, el cable anunció la caída de la 4.a y 9.a divisiones bolivianas, con un contingente de 8.000 hombres y 250 jefes y oficiales,

además de los comandos respectivos. Los coroneles Emilio Gonzalez Quint y Carlos Banzer fueron hechos prisioneros. Entre los elementos bélicos que perdió el enemigo en esta acción, se incluyeron 20 cañones, 25 morteros y 60 camiones. Después de este hecho de armas el desenlace se precipitó. El 17 de Diciembre cayeron en poder del Paraguay los fortines Samakalay, Saavedra, Murgia, Cuatro Vientos y Sifunke; y se capturaron o se destruyeron los regimientos bolivianos Perez Campero, Murgia, Azurduy, Ayacucho, Yruya, F. de Asalto, Campos, Chacaltaya, 17, 20, 24, 26, 34 y 36 de infantería y batallones del Florida, Vanguardia y Loa, además de grupos de artillería de campaña y acompañamiento. Y luego, las siguientes unidades de la reserva general del ejército: Lanzas, parte del Abarca y del Chicha. Entre los oficiales capturados se incluyeron dos coroneles, 8 tenientes coroneles, 13 mayores, 21 capitanes, 26 tenientes, 185 sub-tenientes y 20 cadetes. Vino a raíz de esto, y como consecuencia de estos definitivos descalabros, el cambio de comando superior del ejército de Bolivia, con la destitución del General Kundt. Esto ocurrió mientras se reunía la Conferencia Panamericana en Montevideo, cuya finalidad suprema era el problema de la paz en el Chaco. Las primeras iniciativas de estas conferencias, trajeron como resultado una tregua de pocos días, para tratar, de acuerdo con los propósitos de la Comisión, las medidas de seguridad y las condiciones de paz. Pero antes de que empezase a regir el Armisticio acordado, en virtud de órdenes impartidas por el comando paraguayo, y como consecuencia de 33 operaciones militares victoriosas, cayeron los fortines Sorpresa, Chañar, Corrales y Muñoz. Con este hecho que Bolivia ha pretendido inutilmente señalar como una violación de la tregua, las negociaciones de paz se interrumpieron. Vino

luego la clausura de la Conferencia Panamericana y la intervención en el conflicto del Chaco de la Liga de las Naciones. Ambos países, en espera de nuevas soluciones, han permanecido a la expectativa.

En resumen, de acuerdo con los comunicados emitidos por la prensa y a la vez con antecedentes oficiales que obran en nuestro poder, puede constatar-se que esta guerra cuesta a Bolivia, hasta hoy día más de 70.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros. A estas enormes sumas deben añadirse las pérdidas sufridas en estos últimos tiempos, entre las que es preciso mencionar los 14.000 prisioneros bolivianos, que se encuentran hoy día en los campos de concentración paraguayos y que son una prueba palpable de las proporciones de las últimas victorias obtenidas. Debe añadirse también a esto, además de la pérdida de todas las posiciones estratégicas que ya se han detallado, la de casi la totalidad de los implementos bélicos del ejército vencido, los que, desde los comienzos de las escaramuzas, han ido pasando progresivamente a manos del ejército victorioso, que ha tenido el honor de conquistar sobre el campo de batalla, como resultado de reiterados triunfos, el material guerrero que le era indispensable para la defensa de su soberanía, sin imprimir sobre el pueblo, como lo ha hecho Bolivia, esa carga afrentosa de deudas y de denigrantes compromisos, difíciles de sobrellevar para el país, y más aún después de la bancarrota total de sus pretensiones. Y por último, para formarse una idea bien clara de las verdaderas proporciones que han adquirido, en estos últimos tiempos, las operaciones militares en el Chaco Boreal—y para que se señale también la importancia de las victorias obtenidas en las últimas horas—deben tomarse, como punto de referencia, los informes que fueron dados por la prensa, con ocasión de la llegada

de la Comisión Investigadora del Chaco a Montevideo. Durante esta época, ya se encontraban empeñados en la contienda 50.000 soldados del Paraguay, ocupando un frente de 320 Km. y, ante ellos, 90.000 soldados del Altiplano.

Estos, pues, han sido para Bolivia los trágicos resultados del conflicto armado. Afortunadamente, por esta vez no se ha ultrajado impunemente a la justicia ni al derecho, ni se ha hollado sin consecuencias las aspiraciones de paz de todo un continente. El valor y la resistencia heroica del pueblo paraguayo, no obstante estar abandonado a sus propias fuerzas, han sido los que han dado a Bolivia, a costa de su propia sangre, esta dura lección. Ya conocemos los grandes responsables. Los pro-hombres de Bolivia han manchado inútilmente sus manos con la sangre de su pueblo; y es el pueblo de Bolivia quien tiene ahora el derecho de exigirles cuenta y tomar su desquite. Está además, ese general extranjero, que tan funestas consecuencias ha reportado al país que le ha acogido, directo responsable de los últimos descalabros, y que aún permanece impune. Este General que para ser derrotado, sacrificó bárbaramente y sin piedad a sus soldados en ofensivas brutales y cubrió de deshonor los ejércitos bajo su mando, obligándoles a ejecutar actos infames, como el bombardeo de los 7 hospitales de la Isla Poi, del hospital Casanillo y de la ciudad de Concepción, indefensa.

El Coronel José Félix Estigarribia

Preciso es ahora dar a conocer la personalidad del Comandante en Jefe del Ejército Paraguayo, quien a la vez de haber dado a su adversario sobre el campo de batalla, una lección de ciencia militar, con su ejemplo, con su personalidad de hombre y de

jefe íntegro y sin tacha—que se puso de manifiesto durante la campaña—hubo también de darle una lección de humanidad y de honor.

«El Coronel José Félix Estigarribia nació en Caraguatay el 21 de Febrero de 1888. Ingresó en el ejército el año 1910. Fué comisionado a Chile, en cuyo ejército perfeccionó sus conocimientos hasta 1914. Desde su ingreso reveló condiciones de firmeza e inteligencia. Estudioso, discreto y modesto, no tardó en destacarse como uno de los oficiales de mayor porvenir. Actuó en forma sobresaliente en la contienda de 1922-23, en las fuerzas del gobierno, mereciendo su ascenso a Mayor por la victoria del Carmen del Paraná. Desempeñó después la dirección de la Escuela Militar, hasta que fué enviado a Francia en 1924. Hizo sus estudios en la Escuela Superior de Guerra, donde recibió su brevet de Estado Mayor, en 1927. A su regreso al país se le designó para comandar un sector del Chaco. A sus órdenes los Comandantes Félix Cabrera, Federico Smith y T. Ortiz Cabral, organizaron los principales fortines destinados a detener la penetración boliviana, en el centro. En 1928 desempeñó la Jefatura del Estado Mayor General del Ejército. La agresión actual le sorprendió como Comandante de la 1.^a División de Infantería. En tal carácter organizó la expedición reivindicadora de Pitiantuta. Fué ascendido a Coronel sobre el campo de batalla el 29 de Setiembre, por la victoria de Boquerón. Sucesivamente fué designado Comandante de las 1.^a y 2.^a División (1.^{er} Cuerpo), luego Comandante del Sector Sur, y finalmente, Comandante en Jefe del Ejército de operaciones en el Chaco».

«El Coronel Estigarribia es un hombre tranquilo, culto y laborioso. Su vida se caracteriza por una sobriedad extrema. Siempre ha actuado en defensa de las instituciones. No ha tenido participación política

alguna. Es un militar respetuoso de la democracia. Su carácter revela energía, seriedad y franqueza. Las principales operaciones de la guerra han sido planeadas por él. Jefes y oficiales tienen en él no sólo un jefe rígido pero comprensivo, sino un compañero leal e inteligente. En todo el ejército es respetado y querido. No se le conoce acto alguno de crueldad en 23 años de servicio. La vida de sus soldados le es sagrada. Cumple su deber con abnegación, pero en silencio».

Esta es, a grandes rasgos, la lista de los ascensos y la brillante hoja de servicios de este gran patriota, y a la vez, este es el juicio que, arrancado por el respeto y la gratitud, ha merecido ante el concepto de sus conciudadanos. Le cupo el honor de ser el designado por ellos para la defensa de la patria amenazada, y él, en todo momento, se ha mostrado digno de tal confianza. La nación tuvo fé en él y le dió la Victoria.

Últimas palabras

A pesar de ulteriores alternativas, puede decirse ya que las tierras del Chaco Boreal, han sido reconquistadas por las armas del Paraguay.

En estas últimas horas se han cumplido las predicciones y los deseos del Excmo Sr. D. Eusebio Ayala, porque el Paraguay no ha cedido, «ni se firmará esa clase de paz que Bolivia pretende».

Las leyes de nuestra cultura y de nuestra civilización reconocen que tanto los hombres como las naciones tienen el derecho de conservar lo que han creado a costa de su propio esfuerzo, y apoyados por un derecho legítimo. Este derecho inalienable también lo tiene el Paraguay sobre las tierras del Chaco. Lo ha conquistado a base del trabajo de la tierra, de su esfuerzo laborioso y constructivo, mantenido durante muchos años. Prueba ello los numerosos establecimientos industriales que existen en el Chaco, y la explotación de sus riquezas naturales en las cuales se ocupan gran número de sus hijos. La ocupación paraguaya—se ha dicho—«es esencialmente económica, se vincula al seno de la tierra misma, imprimiéndole su nacionalidad».

A estos nobles derechos del trabajo, se han unido otros derechos más altivos. Son ellos esos nuevos y gloriosos títulos conquistados sobre el campo de batalla, al precio de la sangre y del martirio. Pero gracias a este trágico holocausto exigido a la nación, se ha tendido hácia el porvenir ese eslabón de paz, que permitirá unir un pasado de progreso y de trabajo, a un futuro idéntico.

Bien se sabe que esos héroes caídos, sean humildes o desconocidos, se han hecho ya acreedores a la gratitud de su patria. Pero también se han hecho acreedores al respeto de todo nuestro continente. Los nom-

bres de Guillermo Duarte, de Agustín Zorrilla, Ramón Fernández, Oscar Otazú, Carlos Ziza, etc., etc., no serán olvidados. Ellos, juntos con aquellos antiguos héroes paraguayos del año 1870, han dado a nuestra América el ejemplo de sus grandes virtudes cívicas y de su supremo sacrificio.

Justo es también hacer ahora extensivo este homenaje a sus gobernantes, al Excmo. Sr. D. Eusebio Ayala y a quienes le secundan. A aquél que con su prudente actuación, sin indecisiones y sin temores, inspirado sólo por su rectitud de juicio y clarividente concepto del honor, virtudes ambas tradicionales en los grandes estadistas de nuestra América, supo dirigir los destinos de su patria, asumiendo ante la historia y ante sus conciudadanos, su parte de responsabilidades, peor que los peligros, con entereza de gran patricio y gran ciudadano.

Fé de errata

Página 15, línea 26, dice Guggieri; debe decir Guggiani.